

sistema moral atributivo auto-referenciado, donde todo queda remitido al principio absoluto, una “evidencia” nada clara y en todo poco realista, vista la complejidad y diversidad de las cosas. Ahí sí que hay que convenir con nuestro autor que esa metafísica es cruel, es una sujeción del plano supuestamente trascendente al inmediatamente real, mundano.

Pero esto es lo problemático del caso, pues no queda claro que eso sea “la” metafísica. Para un Heidegger o un Jaspers no lo sería, por ejemplo. Porque justamente también para ellos los intentos de representación del mundo que no ahonden en lo que justamente permite o da sentido a la pregunta existencial, la experiencia de la finitud y las perplejidades que la acechan, no son más que una caricatura, cruel, de la experiencia de vivir. Por eso, si tomar la parte por el todo es en la ética imposible, ¿por qué hacerlo con las metafísicas? Metafísicas conscientes de lo que son: intentos hermenéuticos de dar salida a una experiencia propia e intersubjetiva no subsumible más allá de la interpelación dialéctica que se pueda dar entre dos particulares o más. Y si eso puede ser así, entonces la moral no es cruel porque es metafísica, sino que justamente lo es porque no lo es. O, por lo menos, porque defiende una determinada metafísica dudosa de ser llamada como tal.

Estamos, en todo caso, ante un imponente ejercicio de rigor y directa denuncia existencial frente a los excesos y tentaciones, peligrosas, de las realidades dominantes moralizantes. Un esfuerzo refrescante y sugerente que en el presente libro se articula eminentemente como un ejercicio de deconstrucción y que por eso mismo reclama una continuación, de tonos más constructivos, de los temas que en él se tratan. Así lo asume Mèlich en la parte final de la obra y así parece proyectarse, prometiendo en la medida de lo posible un paso más dentro de esta reflexión vital sobre el hecho de vivir y el cohabitar con lo semejante y lo diferente. Sería sin duda una gran noticia para nuestro panorama filosófico que así fuera.

Miquel SEGURÓ

ARAGÜÉS ESTRAGUÉS, J. M.: *De la vanguardia al Cyborg. Aproximaciones al paradigma postmoderno*. Zaragoza, Editorial Eclipsados, 2012, 302 pp.

En torno a los años 80 se abrió el famoso debate que tantos fantasmas y enconamientos ha generado entre modernidad y postmodernidad, que se extendió a varios campos de la cultura, la política, lo social, la filosofía, etc. Mucho se ha escrito desde entonces a favor de una, de otra, intentos de hacer continuar una con otra, descripciones de nuestro tiempo llamándolo algunas veces “postmoderno”, otras “tardomoderno”, etc.

De unos años a esta fecha el debate declinó su puesto de temática de moda, gracias a lo cual la cuestión puede ser abierta y pensada en la actualidad de otros modos, fuera de aquellos patrones establecidos casi mediáticamente que acabaron repartiendo las preguntas en dos supuestos bandos y restaurando así una cómoda dicotomía. El libro que tratamos es uno de esos escritos que retorna a la cuestión una vez que, por un lado, el debate se ha calmado –abiéndose por tanto a notar las complejidades del mismo– y que, por otro lado, la epocalidad (sociológicamente llamada “postmoderna”) ya no es embrionaria y puede ser plenamente estudiada. Como dice Nietzsche, y Deleuze con él, los comienzos no son buenos lugares para analizar y estudiar nada: «[...] una fuerza no sobreviviría si antes no tomase en

préstamo la faz de las fuerzas precedentes contra las que lucha»¹; así pues, consideramos que estamos quizá en mejor lugar ahora para poder pensar este cambio de época y de modo de estar, vivir y/o resistir.

Sin desear eludir lo equívoco del concepto “postmodernidad”, las páginas de Aragüés se adentran en una panorámica de la actualidad desde la filosofía. Lleva a cabo una *ontología del presente* al modo foucaultiano y una *genealogía* de éste en su doble vertiente: tanto la del pensamiento como la de la economía política. De este modo, Aragüés establece un criterio para poder situarnos en nuestra época y llena de contenido por primera vez el vocablo “postmodernidad” por la vía marxista, que une a pensadores tan dispares como Marcuse, Ibáñez o Negri. Podríamos decir con Aragüés que “postmodernidad”, en términos de economía política, se da cuando se ha alcanzado la *subsunción real* mencionada por Marx en el capítulo VI, póstumo, de *El Capital*. Se define en el libro de Aragüés del siguiente modo: «[...] la subsunción real se ha alcanzado cuando, como consecuencia del proceso de constitución de subjetividad que acompaña al capitalismo de consumo, el sujeto, como átomo individual ajeno a cualquier marca de clase, se identifica con los objetivos sociales establecidos» (p. 242).

El criterio de la *subsunción real* conduce, en el texto, desde la cuestión económica y social hasta la necesaria pregunta por la ontología y por la constitución de las subjetividades contemporáneas. Por eso, tras una panorámica del estado de las cuestiones desde el periodo de vanguardias, las temáticas que son atravesadas en el escrito y los horizontes que se van marcando son los de una pregunta política. Se trata de cómo seleccionar gérmenes y gradientes de un pensamiento revolucionario cuando la planicie ontológica de lo *virtual*, establecido por Paul Virilio, ha borrado toda distinción y nos encontramos perdidos en un *espacio liso* donde hay que elegir constantemente entre una pluralidad completamente abstracta y carente de importancia, como en los escaparates de las sociedades capitalistas.

El texto, pues, comienza con una visión de conjunto que va concretándose y enfocando horizontes a medida que se eligen y desarrollan las distintas temáticas. No es extraño entonces que diferentes temas y pensamientos que normalmente no se presentan bajo la etiqueta de la “postmodernidad” puedan convivir con otros que a veces han sido denostados por considerarse postmodernos, precisamente. Dicho de otro modo, el establecimiento de una resistencia “antagónica” —es decir, que pueda problematizar lo que hay en lugar de desearlo— a la subsunción en la actualidad marca las zonas de vecindad o de desintonía de pensamientos diversos entre sí. Una de las virtudes de este libro es, pues, estudiar las cuestiones sin bandos establecidos de antemano. Así, vemos convivir y pensar entre ellos a Sartre con Foucault, Marcuse, Deleuze, Virilio, Lukács, Baudrillard, Rawls, Vattimo, Lyotard, Nietzsche, Marx, Negri, etc. Y no por una cuestión banalmente llamada “postmoderna” sino por la necesidad de discursos articuladores de diferencias que se potencien entre sí, requeridos por el tiempo actual, que corre en un cauce de dramática felicidad en crisis constante.

El segundo criterio que encontramos, como ya hemos notado, es la *ontología de la diferencia*, que junto con la temática de la *subsunción real* constituye el otro punto que ancla y da contenido al vocablo “postmodernidad”. De este modo, si encontramos una preocupación por el presente de la subsunción real que hay —y no ninguno ficticio— y atisbamos una ontología de la diferencia, es cuando podremos establecer un pensamiento postmoderno. Por

¹ Deleuze, G.: *Nietzsche y la filosofía*, Barcelona, Anagrama, 1986, p. 12.

último, aparece en el libro un tercer criterio que decanta las “postmodernidades”, y que es –lo que resulta curioso para la banal etiqueta de “postmodernidad”– la cuestión del sujeto. Con los tres criterios mencionados se intenta encontrar “políticas postmodernas”, es decir, políticas que puedan tener efectos en las sociedades de la *subsunción real* y, de este modo, distinguir, en la estela de Boaventura de Sousa Santos, entre un “postmodernismo de oposición” y un “postmodernismo entreguista” (p. 101).

Con lo expuesto, Aragüés recorre, en primer lugar, las virtudes de las ontologías de la diferencia, avistando y avisándonos de algunos de los peligros que podemos hallar en sus extremos. En segundo lugar, nos introduce en la cuestión esencial que vertebra el escrito: los procesos de subjetivación, deshaciendo prejuicios sobre el supuesto asesinato del sujeto por parte de filósofos postmodernos como Althusser, Foucault o Deleuze. Esta zona es especialmente detallada e interesante, ya que es donde se determina tanto la temática que coagula el texto –pues la *subsunción real* implica la creación tecnológica de una subjetividad entregada– como el singular y urgente punto de vista del libro. En efecto, el punto crucial de esta obra es incidir políticamente en modos de subjetividad y evaluar qué filosofías han llevado a cabo una recolocación de la figura del sujeto que les da posibilidad de alteración. Si la “modernidad” (con el equívoco que posee también esta etiqueta coyuntural, pues hay pensamientos que se salen de este paradigma) se basa, supuestamente, en un sujeto constituido, la llamada (también equívocamente) “postmodernidad” se centraría en los procesos de subjetivación abiertos, procesuales, sin esencia y, por lo tanto, alterables. Así pues, aunque el análisis de Aragüés no se limita a la cuestión de la construcción de subjetividades, sí que incide en su importancia y en la existencia de un intento ideológico de deshacerse del problema, que sí es tratado en muchos pensamientos, para que no haya alteración posible ante el estado de cosas actual. Por ello, dentro de la “postmodernidad”, en el último capítulo del libro dedicado a la política, hay cabida para los pensamientos de Rawls y de Rorty, ya que parten de una ontología cercana a aquella “postmoderna” del no fundamento, la diferencia e incluso el simulacro; además de estar situada su filosofía en el periodo de *subsunción real*. Sin embargo, se hace notar que sus posiciones ante el problema del sujeto están intocadas ya que continúan con una noción de sujeto heredada, sometida a una *conciencia* circular que provendría de una supuesta esencia, voluntarista, cargada de efectividad y cercana a los idearios del capitalismo. En el mismo lugar de *entrega* política quedan, según Aragüés, algunos de los filósofos de la llamada diferencia o postmodernos como Vattimo o Lyotard.

El libro, en resumen, ofrece una panorámica analítica de lo que se ha dado en llamar el paradigma postmoderno, lúcida y bien anclada en criterios. Lejos de constituir una mera crítica, establece un lugar desde el que poder pensar nuestra contemporaneidad, añadiendo a las críticas concretas las correspondientes alternativas. Y lo hace sin desdeñar ni pensamientos diversos ni coyunturas históricas que pueden aportarnos herramientas valiosas para construir, desde la multiplicidad de perspectivas y evitando los estériles debates enconados –otra expresión de sujetos subsumidos– pensamientos en *antagonía* con el sistema que más poderosos y porosos tentáculos ha extendido en todas las zonas y todos los ámbitos de la tierra.

Amanda NÚÑEZ GARCÍA
amandanu@hotmail.com